

AQUI HAY GATO ENCERRADO (2ra parte)

Autor: El Kolo de Buenos Aires

Categoría: Intriga / suspense

Publicado el: 14/05/2014

(viene de 1ra Parte)

Su perro, quien había estado ausente por varios minutos, y que repentinamente había dejado de jugar y saltar, apareció en escena de repente, convirtiendo la mañana soleada y brillante, en un atardecer sombrío, lúgubre, de terror. El perro traía consigo al gato del vecino en su boca, muerto, y lo arrastraba y lo sacudía con la alegría de haber obtenido un trofeo. Ante la mirada atónita de su dueño, lo deja caer frente a él, moviendo la cola, como esperando a que se lo arrojara para luego ir a buscarlo. Juan no podía creer lo que estaba sucediendo, llamó a su mujer y ésta al ver al gato en el piso, embarrado y muerto, soltó el mate que cayó en el suelo y pegó un grito que Juan calló tapándole la boca. El perro movía la cola y ladraba, y empujaba apenas con su hocico al gato que yacía inmóvil en el piso, sin comprender que estaba proponiéndole a su amo un juego macabro. Juan miró para todos lados para asegurarse que nadie viera lo que estaba ocurriendo. La única certeza que tenía era que no había nadie en la casa de Beto, sólo su gato al que lo habían dejado sólo, y que ahora estaba tendido a sus pies, como diciendo “viste, se te cumplió el deseo”. ¿Habrá escuchado el grito algún otro vecino?, ¿lo habrán captado las cámaras de seguridad? Tomó al gato muerto del lomo y lo llevo para el fondo. Karina se ocupó de agarrar al perro y llevarlo adentro de la casa, como quien esconde a un asesino. Juan estaba seguro que esto, como mínimo, sería el final de la relación con su vecino. Entonces se le ocurrió una idea que lo avergonzaba, pero que sería una alternativa que tal vez lo salvara. Aprovechó que tenía la manguera a mano y lavó al gato muerto que, a pesar de su condición, se lo veía entero, solamente estaba embarrado. El hecho de que el gato no estuviera lastimado o que no se viera maltratado podría ser muy útil para lo que Juan tenía en mente. Luego de limpiar al gato le comentó el plan a la mujer y ésta puso el grito en el cielo; pero luego, al imaginarse lo que ocurriría cuando sus vecinos se enteraran, y pensar también en las consecuencias, dado los antecedentes de lo que venía estado pasando, dio el visto bueno y se convirtió en cómplice.

Karina limpió con apuro al perro y lo encerró en el lavadero, Juan se puso bolsas del mercado en sus zapatos para no embarrar con sus pisadas; se dirigió al fondo, cruzó la ligustrina, tratando de no romper sus ramas y pasó a la casa de al lado. Buscó la cucha el gato dentro del garaje, se acercó sigilosamente y dejó caer al gato en su cucha, de donde nunca debió haber salido pensó; luego lo reacomodó sutilmente en una posición para que pareciera que se encontraba durmiendo;

y que en todo caso, la muerte lo habría sorprendido durmiendo. Se volvió caminando hacia atrás, mirando el cuerpo del delito, y tratando de imaginar cómo lo encontraría Beto al regresar y cómo se vería al gato con la primera impresión, con el primer vistazo. Sabía que no era honesto lo que acababa de hacer, pero prefirió felicitarlo y convencerse de que estaba haciendo un buen trabajo de simulación. ¿Por qué Beto y Andrea no podrían pensar que la muerte de su gato se debió a una muerte súbita? sería una posibilidad que Beto y su mujer tendrían que considerar. Tampoco había rastros de vómitos que hicieran sospechar que se trataba de un envenenamiento que –por otra parte- convertiría al matrimonio vecino en principales sospechosos. En fin, salir rápido de la escena era lo urgente. Juan apeló a la memoria de sus películas favoritas y recordó que borrar las huellas digitales constituía la primera regla. Una vez que hubo finalizado, volvió a su casa, se quitó los guantes de hule, y se dejó caer en el sillón, extenuado. Detrás quedaba el placer de estar disfrutando de la música, del domingo de sol, de lavar el auto y de los mates de su mujer.

El resto del día, y también el día siguiente, trascurrieron con un inmenso silencio cómplice entre Juan y Karina. Solo se consolaban al pasar, sin mirarse a los ojos, y se justificaban, no muy convencidos, de que lo habían hecho era lo mejor para evitar males mayores. Ahora quedaba esperar el regreso de Beto y su señora y el encuentro con su gato.

Al día siguiente, los vecinos volvieron de sus vacaciones. Juan y su mujer, espionaron desde la ventana y decidieron esperar mientras ensayaban caras, reacciones neutras y negaciones creíbles, por si sus vecinos venían a contarle lo sucedido. Increíblemente nada de eso ocurrió durante las primeras horas, lo que generaba un clima inquietante, y que tal vez preanunciaba un mal augurio.

Al llegar la tarde, se escucha golpear la puerta. Eran los vecinos. Juan y Karina lo supieron al instante, sin necesidad de ver por la mirilla. Ninguno de los dos quería ir a abrirles, pero decidieron que lo mejor sería enfrentar la situación. “Somos nosotros, Beto y Andrea” se les escuchó decir tímidamente. El tono tibio de sus voces desconcertó a Juan, quien esperaba un llamado más enérgico, por no decir que esperaba a que derribaran la puerta. Pero la blandura del puño al golpear la puerta daba la sensación como que no querían molestar. Los dos pidieron pasar, al unísono: “necesitamos contarles algo” dijo Andrea. Juan no comprendía la actitud de sus vecinos quienes, además, acariciaron al perro al entrar. Juan miraba a Karina que temblaba de miedo y de desconcierto. “Los escucho” dijo Juan. “Perdón pero no quiero que piensen mal de nosotros, pero si no les consultamos esto que ocurrió en casa, creo que vamos a volvernos locos” comenzó a decir Beto, mientras su mujer sollozaba. “¿Qué paso?” dijo Juan con cierto cinismo que lo avergonzaba. “No sé, no logramos comprender” dijo Beto y se dispuso a contar: “Tomasito, nuestro gato, murió de una infección un día antes de que nos fuéramos de vacaciones, así que como ya estaba todo programado decidimos irnos igual, y yo mismo lo enterré en el jardín, medio a las apuradas pero estaba muerto, bien muerto eso creí; y cuando regresamos, lo vimos nuevamente, en su cucha, quietito, muerto y limpito, como cuando agonizaba”. En ese preciso momento Juan recordó las uñas y el hocico de su perro lleno de barro. Andrea, la mujer de Beto

preguntó: "¿Ustedes escucharon ruidos extraños?"

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [El Kolo de Buenos Aires](#)

Más relatos de la categoría: [Intriga / suspense](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)